

MEMPO GIARDINELLI: LA ESCRITURA ES MI RESPIRACIÓN

FERNANDO OPERÉ¹

Me siento a charlar con Mempo², y continuamos una conversación enhebrada hace 30 años y nunca interrumpida. Conozco al hombre y lo admiro, al escritor y lo admiro aún más. Al ensayista, al intelectual comprometido, al padre y amigo. Quiero saber de sus nuevos proyectos, es difícil seguir la pista de su incansable actividad y producción literaria. Me interesan sus preocupaciones literarias y políticas, su admirable compromiso con la verdad. Mempo Giardinelli es posiblemente el intelectual de más larga trayectoria en la Argentina. Desde sus primeras novelas premiadas en México, *La revolución en bicicleta* (1980), *El cielo con las manos* (1981), *Qué solos se quedan los muertos* (1985), pasando por su gran éxito comercial y de crítica *Luna caliente* (1983) con cientos de ediciones en más de 30 lenguas, hasta el gran éxito de *Santo oficio de la memoria* (1991), premio Rómulo Gallegos en 1993, han pasado muchas novelas y ensayos, cientos de cuentos y artículos, y toda una obra dedicada

¹ ANLE, escritor, dramaturgo, poeta y catedrático en el Departamento de Español, Inglés y Portugués de la Universidad de Virginia. Cuenta con una amplia producción en materia de estudios e investigaciones. Entre sus últimas publicaciones se destacan los estudios académicos *Relatos de cautivos en las Américas de Canadá a la Patagonia. Siglos XVI al XX* (2016) e *Historias de la frontera, el cautiverio en la América Hispánica* (2012). Es autor de una amplia producción poética. <https://spanitalport.as.virginia.edu/people/fo>

² <http://www.mempogiardinelli.com/>, https://en.wikipedia.org/wiki/Mempo_Giardinelli



Mempo Giardinelli y Fernando Operé evocando recuerdos
© Fernando Operé

a servir a través de la fundación que lleva su nombre. Es un placer hacerlo continuar la conversación, y le pregunto.

Fernando Operé. Si no me equivoco llevas 50 años escribiendo, ¿Cómo te sientes como escritor?

Mempo Giardinelli. Así es, medio siglo y me parece que fue ayer cuando empecé. Gracias a mi profesora de Castellano en el tercer año de secundario, Cili Muller, quien cuando le mostré un par de poemas y cuentos que había escrito, me devolvió, a la semana siguiente, un listado de 20 libros que me dijo que yo debía leer antes de seguir. Fue el mejor consejo que recibí en toda mi vida. Ahí estaban Dostoievsky y Faulkner, un joven Cortázar y Rulfo, y Conrad, Emily Brontë, Borges, Poe y tantos más... Han pasado 50 años y la curiosidad que esa profesora despertó en mí no se apagó jamás. Y aunque hago muchas otras cosas que me importan, como la familia, la docencia, la política y viajar como Saint-Exupery, creo que no he dejado pasar un solo día sin leer algo, y acaso escribir, o al menos intentarlo.

FO. ¿Cuáles son las razones por las que aún sigues escribiendo?

MG. Vaya... Creo que no sabría razonar esas razones, que en realidad ignoro. Pero sí sé que la escritura, y también la lectura, son mi respiración. Yo nací en una familia de animales lectores. Mis padres y mi hermana leían todo el tiempo, y en el recuerdo más nítido que tengo de cada uno de ellos los veo sentados, leyendo, y luego comentando sus lecturas. De manera que si hoy yo dejara de leer y de escribir, simplemente moriría.

FO. ¿Qué tienes en cartera?

MG. Ahora estoy muy involucrado en el desastre político, económico y social de mi país que ha provocado el actual gobierno, y que leo como un retroceso de veinte años. Esto me lleva mucho tiempo, porque soy una persona pública y todas las semanas escribo una de las columnas más leídas del país. De modo que se me han demorado varios proyectos literarios, en los que trabajo, de todos modos, por lo menos un par de horas cada día. Entre ellos una novela que estoy a punto de terminar, otra que requerirá todavía más tiempo, y un nuevo libro de cuentos. Y además en estos días estoy acabando un ensayo académico: “El libro de la lectura en voz alta”, proyecto que me entusiasma desde hace dos años y que debo entregar a mis editores en agosto.

FO. Eres un escritor que se inició con el periodismo, de allí pasaste a la ficción. ¿Cómo fue la transición?

MG. En realidad fue al revés: yo empecé a escribir cuentos y poemas, y pasé al periodismo cuando me di cuenta de que con sólo escribir me moriría de hambre y necesitaba un oficio afín que me proveyera ingresos básicos. Fue a partir de mis 18 o 19 años que advertí que en revistas y diarios podía tener esa posibilidad, y me acerqué al diario local, que se llamaba *El Territorio*, y luego a una revista también local: *Región*. Y luego a otro diario: *Norte*. Y de ahí salté a Buenos Aires a los 21 años y empecé a escribir en diferentes medios. Hice periodismo deportivo para una revista que se llamaba *Goles*, periodismo de televisión y frivolidades en *Radiolandia* y escribí colaboraciones en una revista político-cultural que se llamó *Análisis*. Y después entré a trabajar en la Editorial Abril, en 1969, y accedí a mi primer salario. Y de ahí para acá, son 50 años de periodismo y literatura.

FO. Te he escuchado decir en varias ocasiones que tu mayor responsabilidad como escritor es escribir bien, ¿Puedes elaborar esta idea?

MG. A ver: es posible que esa afirmación se deba a que siempre valoré y admiré la forma en todas mis lecturas. La *forma*, o sea no nada más los contenidos, la filosofía, la belleza estética, la originalidad y/o la profundidad de ideas, o la imaginación y el impacto de las narraciones. La forma en que se dice lo que se dice, la forma en que se escribe, es para mí fundamental. Es claro que para mí todo lo demás vale e importa, desde luego, pero mi enamoramiento textual suele pasar por *el modo* en que se expresa todo eso. O sea el estilo, la rima, la cadencia, el *tempo*, la perfección en el modo de seducirme a mí, en tanto lector. De donde la literatura no es, pienso yo, solamente buenas historias o emociones profundas. No es solamente originalidad temática ni vacuo regodeo estilístico, sino el dominio de la *forma*. Eso es lo que busco siempre y creo que jamás consigo, y no me importa. De todos modos busco siempre el perfecto uso de mi lengua, el Castellano, cuyo conocimiento profundo es para mí fundamental.

FO. Además de ficción has escrito ensayos literarios, historia y ensayos políticos. ¿Qué hace un novelista en esos campos?

MG. Literatura. Yo hago literatura cualquiera sea el género o categorización de lo que escribo. La ficción y la poética están –creo que siempre deben estar– en todos los géneros, escribas lo que escribas. De manera que el desafío es siempre uno, siendo múltiple.

FO. En los 80 hiciste un programa de TV que fue un éxito, *El País de las maravillas*. ¿Cuáles eran sus postulados fundamentales? ¿A qué público te dirigías?

MG. Ese programa fue parte de la escritura de mi libro *El País de las maravillas. Los argentinos en el fin del milenio*, que publicó Planeta y fue un best-seller durante los años 98 y 99. Era un muestrario crítico de malas costumbres argentinas supuestamente legitimadas en apotegmas y refranes populares. El programa en la tele también tuvo mucho éxito. Y ahora cada tanto me llega un ofrecimiento de reedición... Pero no lo creo interesante, el libro tuvo que ver con el período menemista, en el que la mentira y la impostación fueron muy populares.

FO. ¿Se puede escribir a la vez para lectores distintos? ¿Qué impacto tiene el posible lector en el proceso creativo?

MG. Bueno, necesariamente tú nunca sabes quiénes serán tus lectores. Puedes tener sospechas e intuiciones, pero los lectores son siempre una *terra incognita*. Entonces, cuando escribes lo haces porque no puedes dejar de hacerlo, antes que para acercarte a tal o cual



*VIII Congreso Internacional de la Lengua Española
(CILE) Córdoba, Argentina, 2019 © Instituto Cervantes, RAE, ASALE*

tipo de lectores. Al menos es mi caso: cuando escribo no pienso en quiénes van a leer; me parece que me condicionaría, y eso no me gusta.

FO. Naciste en la provincia más pobre del país, el Chaco. ¿Qué impacto y presencia tiene el Chaco en tu obra?

MG. Ah, el Chaco... Es mi tierra, mi origen, creo que mi destino y es también una especie de dulce condena. Y más, seguramente... Es un territorio que recorrí de niño, acompañando a mi padre, que era viajante de comercio y llevaba mercaderías de todo tipo a los almacenes del monte profundo, por caminos imposibles y en un viejo Ford V8 de 1940 que andaba como un tractor, con ruedas pantaneras y rugiendo como un león. Mi papi era muy popular, y tenía amigos por doquier porque era un buen tipo, honrado y derecho como un rayo de bicicleta. Y se entendía con los turcos, los árabes, los judíos, los búlgaros y polacos, rusos y montenegrinos que colonizaban aquellos parajes imposibles. Tengo recuerdos muy hermosos de aquel tiempo, sí que románticos y durísimos, porque eran viajes peligrosos: de la

selva siempre surgían alimañas inesperadas y los mosquitos no picaban, sino que mordían. Y a la vez Resistencia, la ciudad capital y en la que vivíamos, era una ciudad que se interesaba en la cultura, su burguesía parecía ser consciente de vivir en el culo del mundo pero trataba de disimularlo con una banda sinfónica, un movimiento teatral independiente muy activo, un excelente coro polifónico, un par de poetas y algunas bibliotecas bien dotadas. En fin, podría pasarme horas hablando de aquello, pero no sabría decir nada del impacto de mi obra... Ni siquiera sé si mis paisanos me leen, de hecho suelo reírme porque mis editores coinciden en que el lugar de la Argentina donde menos circulan mis libros es el Chaco. ¿No es gracioso?

FO. Cuéntanos más de tus orígenes chaqueños: padres, infancia, escuela, paisajes.

MG. Bueno, sí... Mi madre era maestra de piano y solía tocar todas las tardes, en la casa, tangos y boleros, porque era muy soñadora, y también Chopin, Beethoven. El drama de su vida, además de la muerte de mi padre a los 50 años, fue la pobreza y tener que vender su piano. Yo era pequeño y nunca la vi tan desolada como cuando tres tipos se llevaron el piano en un camión... Murió pocos años después que papá. Yo la encontré moribunda en el piso helado una mañana de junio, era invierno, cuando salía para la escuela. Creo que ahí terminó mi infancia.

FO. Del Chaco saltaste a Buenos Aires donde ejerciste el periodismo en los años de regreso de Perón y el inicio de la gran represión militar y el golpe de 1976. Debió ser un tiempo doloroso. ¿Cómo lo viviste?

MG. Mal, obviamente, fue una etapa durísima para millones de compatriotas. Me tocó hacer el servicio militar, viví el Cordobazo bajo bandera y pasé como tres meses entre arrestos de cuadra y el calabozo de la guarnición porque era un pésimo soldado. En el orden de méritos yo era el número 59, de 60 que éramos en el batallón de artillería. Sabugo era un gordo semi analfabeto pero buenazo, que no entendía nada y los suboficiales se ensañaban con él más que conmigo. Y a mí me salvó el hecho de ser muy buen dactilógrafo: me pasaron a oficinas. Lo demás creo que lo tengo escrito en algunos cuentos y en todas mis primeras novelas: ¿Por qué prohibieron el circo?, *Luna caliente*, *El cielo con las manos*, *Qué solos se quedan los muertos*...

FO. Tu obra narrativa se inicia en el exilio en México a la sombra de grandes maestros. ¿Quiénes fueron tus influencias en esa época?

MG. Sin dudas Edmundo Valadés y Juan Rulfo, que además de maestros fueron mis amigos, especie de hermanos mayores a cuyo lado estuve años, porque apenas llegar al exilio, Edmundo me hizo lugar como su secretario lector. Ellos dos habían fundado la revista *El Cuento* en 1939, y treinta años después la sostenía Edmundo en su casa, y cada tanto con asistencia de Juan y de jóvenes como yo, Agustín Monsreal, el brasileño Eric Nepomuceno... Pero yo era el único “empleado pago”, digamos, y protegido por Edmundo. Y así durante años abrí todas las mañanas el correo, decenas de sobres que venían de todo el mundo, con cuentos y más cuentos para la revista. Yo tenía que leer todo y hacer una selección, un brevísimo informe y pasarlo al comité que formaban Edmundo y Juan, y a veces venía también Tito Monterroso, algunas pocas Juan José Arreola. Incluso Elenita Poniatowska. Y así los conocí, y escuché y aprendí a lo bestia, porque todos esos tipos eran alcohólicos recuperados, vividos hasta el caracú y con un humor feroz y un manejo incomparable de la ironía y del lenguaje, y fundamentalmente eran escritores y lectores talentosos como no he visto jamás. Suelo pensar todavía, no sin nostalgia, que si Dios existía ya entonces, a mí me regaló esos años con esa chorcha, como se le dice en México a los grupos de camaradas como ellos.

FO. México y Argentina, dos países con fundamentales diferencias de todo tipo, ¿cómo dialogan en tu obra?

MG. No sabría decirlo con claridad. Son dos naciones hermanas a la distancia, pero muy diferentes en muchas costumbres, más allá de la lengua común. El bolero y el tango dialogan, claro, y son músicas popularísimas en los dos países, y hay lazos muy profundos que yo aprecio y me producen encanto: el crucero argentino que lleva los restos de Amado Nervo por decisión del Presidente Yrigoyen; la ironía de Octavio Paz recordándole a Victoria Ocampo que la cultura importa a ambos pueblos, ciertamente, pero la de México es una cultura tres veces milenaria; la inocultable envidia mexicana ante la historia del fútbol argentino... También, sin dudas, el hecho de ser los dos países que acogieron a decenas de miles de republicanos españoles, y tanto más. Varias de mis novelas y cuentos se ambientan en México.

FO. Eres un escritor comprometido, aspecto que sobresale en tus artículos periodísticos y tus ensayos. ¿Cómo viviste el regreso a la Argentina en 1983?

MG. Con alegría y temor, naturalmente. Con esperanza y dolor. Ahora pienso que quizá si se recuperaran los cientos, acaso miles de artículos que escribí, se podría tener una visión de época. Pero no voy a hacer eso, quizá mis nietos, quién sabe.

FO. ¿Cuándo decidiste que lo tuyo era la ficción? ¿Es la ficción? ¿Lo ha sido siempre o has pasado por diversas fases?

MG. Retomo lo dicho antes, Fernando: yo creo que uno no decide esas cosas; esas cosas suceden. Jamás decidí ser narrador, ficcionista, poeta, historiador, cientista social, y sin embargo creo que he sido un poco de todo eso. Sin dudas la ficción es mi terreno más, diría, natural. Y el cuento es mi género predilecto, aunque soy más conocido por mis novelas, que se leen mucho más. Seguramente por influencia de la revista *El Cuento* y de Edmundo, Juan y Tito, el cuento breve es mi género predilecto. El único en el que me siento como pez en el agua.

FO. ¿En cuál estás ahora?

MG. En todos. Siempre estuve en todos los géneros, porque estoy en la literatura. Y la literatura es eso: leer y escribir todo lo que te llega, lo que se te ocurre, lo que te hace respirar.

FO. En 1996 obtuviste el Rómulo Gallegos, el premio más importante de literatura otorgado en el continente. ¿Qué conciencia se adquiere al recibir un premio de esas dimensiones?

MG. ¿Conciencia...? Quizás la de descubrir que el azar existe y alguna vez te da una oportunidad para festejarlo a lo bestia y con un montón de motivos: porque al premio te lo dieron a ti; porque te pasarás una semana o más bebiendo champán y cantando y festejando con tus cuates: porque sabes y te encanta que se les revienten las tripas a los cabrones envidiosos, y porque algunos días de fama son fantásticos para levantar la autoestima, y en fin... Yo siempre supe, en todo momento, que ni ese premio ni ningún otro, y he recibido varios, me iba a cambiar como persona ni me haría mejor o peor escritor. De hecho, el dinero que recibí lo destiné a crear la Fundación que hoy presido en el Chaco y que está por cumplir 25 años.

FO. Con *Luna caliente*, no solo recibiste otro espaldarazo de reconocimiento mundial, fue una novela que se llevó al cine, si no

recuerdo mal en cuatro versiones distintas. Cuéntanos de esta faceta tuya.

MG. En efecto, de *Luna Caliente* se realizaron tres versiones cinematográficas. La primera la dirigió Roberto Denis en 1985. Filmada en Misiones, en el norte de Argentina y cerca de las Cataratas de Iguazú, fue protagonizada por el actor mexicano Humberto Zurita y la actriz argentina Noelle Balfour en los papeles principales, y un elenco de reconocidas figuras como Federico Luppi, Olga Zubarry, Hector Bidonde, Elsa Berenguer y Cristina Banegas, y con música de Litto Nebbia. Pero fue un fallido intento de adaptación y un rotundo fracaso de crítica y comercial.

La segunda versión la dirigió el realizador brasileño Jorge Furtado, en 1999, en forma de miniserie de cuatro capítulos para la cadena TV Globo. Protagonizada por Paulo Betti (Ramiro) y Ana Paula Tabalipa (Araceli), secundados por Tónico Pereira (Dr. Tennenbaum) y Paulo José (Inspector Almirón) con música de Mariosinho Rocha, esta versión fue un notable éxito televisivo, aclamada por la crítica de todo Brasil, y su exhibición fue repetida en más de una ocasión.

La tercera película la dirigió el reconocido cineasta español Vicente Aranda, en 2009. Fue protagonizada por la actriz televisiva Thaïs Blume y el destacado actor Eduard Fernández. En el elenco intervinieron destacados actores hispanos como Héctor Colomé, José Coronado y Emilio Gutiérrez Caba. En esta versión Aranda adaptó el guión a la realidad española, situándolo en los años 70 y haciéndolo coincidir con el famoso proceso de Burgos contra miembros de la ETA. Fue estrenada en 2010 y recibida en España con mucha polémica, tanto de la prensa como del público.

Y la cuarta versión espero filmarla yo mismo, si todavía camino por estas calles.

FO. ¿Alguna de esas versiones cinematográficas satisfizo tus expectativas?

MG. Sólo la brasileña, de Jorge Furtado.

FO. Continuaste en el cine como realizador con *El décimo infierno*, en donde fuiste guionista y director. ¿Tienes otros planes para continuar en el cine?

MG. Sí, claro. *El décimo infierno* fue una experiencia fascinante. Junto con mi coequiper el cineasta colombiano Juan Pablo Méndez, hicimos un eficiente trabajo a cuatro manos, diría yo, y el

aprendizaje fue para mí extraordinario. Por el elenco, por el equipo profesional y por el cuidado de todos los detalles en condiciones difíciles puesto que filmamos en provincia, en ambientes naturales y con pocos medios económicos. El staff profesional fue de gran calidad y todo contribuyó a una producción que nos dejó conformes y que nos ha prodigado razonables buenos resultados. Entonces emprendí mi primera producción en soledad: *Don Juan, el escritor de tres siglos*, un largometraje documental que acabo de terminar a comienzos de 2019, y que viene teniendo una fantástica acogida de público en las preliminares. La estrenaremos oficialmente a mediados de este año. Y ya estoy trabajando en el guion de *Cuestiones interiores*, una novela que concebí como *tour de force* teatral y que tomo como un desafío cinematográfico.

FO. Tengo entendido que incluso actuaste en varias experiencias teatrales durante tus estancias en la Universidad de Virginia. Esto no lo saben tus lectores y apenas hablas de ello. ¿Por qué?

MG. Pues por pura discreción, y porque el teatro fue siempre para mí, desde muchacho, una pasión accesoria, diría yo, en el sentido de que mi vocación y acción fundamental siempre fue la literatura narrativa. Creo que por eso he sido una especie de actor ocasional. Empecé a los 15 años en el teatro del Fogón de los Arrieros, una institución cultural pionera en Resistencia. Durante tres o cuatro años actué allí e hice piezas de Shakespeare, Goldoni, Casona, Bradbury... Luego actué en el Teatro de la Universidad Nacional del Nordeste, donde cursaba Derecho e hice el papel principal de *Ubú Rey*, de Alfred Jarry. Y de grande en los Estados Unidos, en la compañía de Teatro Español de la Universidad de Virginia, actué en varias producciones bajo tu dirección.

FO. Cuento y novela. ¿Al enfrentarte al proceso creativo, por cuál te decantas? ¿Qué distintos planteamientos deben tenerse en cuenta?

MG. Suelo afirmar que el cuento es mi género natural, pues creo que simplemente soy un narrador de historias. Y la novela, como sugería el gran Marco Denevi hace años, finalmente no es más que un cuento más extenso. En mi caso, el cuento es como un tenso y atrapante relato de sobremesa, mientras que la novela es una historia narrada en capítulos, colmada de lo que Vladimir Nabokov llamaba “sabrosos detalles” y que se desliza como un río de llanura por meandros, remansos, islas, rápidos y sinuosidades. Yo me siento a gusto

en el género narrativo, o sea en el oficio de contar historias. Ser más conocido por mis novelas es mera contingencia.

FO. En los últimos años has tenido un gran éxito en la literatura infantil. Háblanos de esta experiencia.

MG. Ah, sí, éste ha sido un descubrimiento relativamente reciente. A fines de los años 90 una editorial porteña que ya no existe (Puntosur) nos pidió a algunos narradores escribir cuentos para niños. Con Osvaldo Soriano y otros autores, cumplimos el desafío y yo publiqué “Luli la viajera”, historia de una gatita andariega que recorre la Argentina montada en un camión de distribución de mercaderías. Luego pasaron algunos años y ya en este siglo 21 me pidieron de Alfaguara otra versión, y entonces escribí “Luli, una gatita de ciudad”, que tuvo mucho éxito y hasta hoy se reedita constantemente. Luego escribí para la misma editorial la serie “Celeste”, que es una niña inquieta y curiosa, y la cual no ha terminado. Y escribí también otros cuentos con títulos que hoy se leen en mi país y en Latinoamérica: “El oso marrón”, “La endiablada”, la serie “Valeria”, “Cuentos con mi papá” y recientemente “Tito nunca más”. Y en este camino estoy, quizás inspirado por los seis nietos que tengo.

FO. Sé que eres un gran lector de poesía. Incluso que has publicado varios poemarios. ¿Qué relación puedes establecer entre poesía y otros géneros?

MG. Bueno, bueno... yo diría que es una relación secreta, íntima. Toda mi vida escribí versos, leí siempre poesía, pergeñé sonetos, rimas, etc... Pero nunca me atreví a ser poeta, ni me considero tal. La poesía es un campo de lino, delicado y hermoso de contemplar en silencio, muy respetuosamente y como ensoñado, porque es un campo que se pretende perfecto. Pero yo he sido siempre demasiado terrenal, demasiado basto en la hechura de mi vida, y antes impetuoso que contemplativo, de manera que me considero un lector amante y un gustador contumaz de la poesía, pero nada más. Soy irremediablemente un narrador, no un poeta.

FO. ¿Qué es para ti la poesía?

MG. Lo dicho antes: la poesía es el campo en el que yo hubiese querido hacer un jardín; ese campo de lino que es tan bello y perfecto de contemplar que hasta puede causarte dolor de tanta belleza y trascendencia. Quizás por eso siempre los poemas que intenté y parí me produjeron sobre todo temor e inseguridad. Y está bueno que haya sido así y que lo siga siendo, porque repito: yo no soy poeta. Soy un

modesto versificador eventual, nada más. Y uno cuya felicidad y regodeo está siempre en la lectura antes que en la innecesaria producción personal. Por eso leo mucha poesía y con gran disfrute, y en cambio y por acierto personal escribo muy pocos poemas. Y mejor así, porque entonces narro más y disfruto desde el llano con Sor Juana, Whitman, los dos Hernández, Milosz, Borges, Aleixandre, Neruda, Alfonsina, Benedetti, Vinicius, Veiravé, Orozco, Roca, Bellesi y la lista interminable de maestros de la poesía.

FO. Aparte de la literatura has dedicado gran parte de tus esfuerzos a la promoción de la lectura, a través de tu Fundación. ¿De dónde proviene ese interés? ¿Y cuál es la función de la lectura en un periodo histórico dominado por la imagen visual?

MG. La Fundación nació en la revista *Puro Cuento*, que fundé en 1985-86 al volver del exilio en México, y desde la que inicié los primeros proyectos de promoción de la lectura, de creación de bibliotecas allí donde no las había y de vinculación de la lectura con la misión de un Estado democrático moderno. En 1993, cuando recibí el Premio Rómulo Gallegos, destiné el dinero recibido a la creación de esta institución, que se dedica precisamente a fomentar la lectura, capacitar bibliotecarios y maestros, difundir el acto de leer como nutrición primera y fundamental para la construcción de ciudadanía. Hoy, un cuarto de siglo después, siento que —como decía mi hermana, que fue bibliotecaria y mi mejor amiga mientras vivió— es la mejor obra que hice en mi vida. Y por la cual ella, católica militante, decía que en mi seguro camino al Infierno yo me había ganado al menos una temporadita en el Purgatorio.

FO. En los últimos años has liderado un grupo de intelectuales que ha diseñado un programa de gobernabilidad para el país: El Manifiesto Argentino. ¿Cómo nació? ¿Qué se propone? y ¿cuál es su repercusión en estos momentos tumultuosos de la vida argentina?

MG. Bueno, éste es un asunto extremadamente complejo y que haría largo y tedioso el solo intento de explicarlo... Te diré solamente que cuando la brutal crisis económico-social de la Argentina en 2001, la impotencia que yo sentía me llevó a convocar a una veintena de amigos, intelectuales muchos de ellos, a organizarnos para buscar respuestas pacíficas frente al desastre. Desde entonces hemos aportado ideas enfocadas a enriquecer el pensamiento nacional y popular, eso que en el mundo se llama despectiva y neciamente “populismo”. Tengo para mí que hemos brindado y seguimos brin-

dando un extraordinario servicio a la democracia y la paz en esta tierra desesperada.

FO. En tus artículos periodísticos expresas constantemente tus preocupaciones sobre la situación política en Argentina, ¿te preocupa que la implicación política afecte a tu gran obra literaria?

MG. Claro que sí, y muchísimo, porque de hecho la afecta. No en cuanto a la creatividad y las ideas, que eso no se detiene, pero sí en quitarme tiempo y energía, que ya no me sobra. Lo que me fastidia mucho, porque cuando quiero ponerme a escribir suelo estar exhausto, y eso es indicación y evidencia de que ya estoy grande para seguir con tantos proyectos vitalmente juveniles. Eso me produce una cierta frustración, que siento preocupante. Y sobre todo ahora, en mis setentas, cuando empiezo a reconocer ante mí mismo que acaso hubiese querido ser presidente de mi país, y seguro de que no lo habría hecho mal. O hubiese podido ser diputado o senador, o ministro de educación, o de cultura, quién sabe... Claro que tampoco habría tenido el dinero necesario, porque hacer política demanda fondos. Y si uno es honrado y paga impuestos y tu persona no tiene precio... En fin, quizás por suerte para mí nunca tuve la decisión suficiente, ni la constancia, la paciencia, la vocación o lo que sea que superase a mi amor a la literatura.

FO. ¿Se puede ser escritor sin estar inmerso en el mundo?

MG. No podría hablar por centenares o miles de mis colegas, pero yo, que soy escritor en un país marginal y estoy atento a lo que pasa en el mundo, digo que no. Que para mí es imposible, y sobre todo inmoral, porque no me sentiría cómodo y me daría mucha vergüenza vivir de espaldas a la destrucción y genocidio en masa de este planeta.

FO. ¿Qué te espera en la próxima década?

MG. Quién sabe... Yo me conformaría con seguir andando y escribiendo, y con tener salud, energía y alegría, y sobre todo con alcanzar a ver felices a quienes amo, que no son pocos@.

